

TEMA 1. EL INICIO DE LA EDAD MEDIA

1. EL CONCEPTO DE EDAD MEDIA Y SU PERIODIZACIÓN

La **Edad Media, Medioevo o Medioevo** es el período histórico de la civilización occidental comprendido entre el siglo V y el XV. Su inicio se sitúa en el año 476 (caída del Imperio romano de Occidente) y su fin en 1453 (caída del Imperio bizantino) o 1492 (descubrimiento de América). Suele dividirse en dos grandes períodos separados por el año 1000: Alta Edad Media (ss. V-X); y Baja Edad Media (ss. XI-XV), que a su vez puede dividirse en un período de plenitud, la Plena Edad Media (ss. XI-XIII), y los dos últimos siglos o etapa de crisis (ss. XIV-XV).

El concepto de *Edad Media* es obra del historiador alemán Cristóbal Keller (s. XVII). Éste, autor de la división clásica de la Historia, consideró esta etapa como un tiempo intermedio entre la Edad Antigua y la Edad Moderna, de ahí el nombre que puso. Para los hombres del Renacimiento como él, la Edad Media había sido un período oscuro y bárbaro, durante el cual la cultura clásica grecorromana se había degradado hasta casi desaparecer. En el siglo XVIII, los intelectuales de la Ilustración aumentaron esa visión peyorativa, concibiendo esta etapa como una época oscura, sumida en un retroceso económico, intelectual y cultural, y con una sociedad cerrada e ignorante, dominada por la superstición, la violencia de las constantes guerras y el miedo a las epidemias. Incluso hoy mantenemos en parte esa imagen negativa de los siglos medievales.

Sin embargo, un siglo más tarde se produjo un cambio en la valoración del período medieval. Tras el fin del Imperio napoleónico, cuando las naciones europeas trataban de reafirmar sus características acudiendo a la Historia, descubrieron que la Edad Media no era el mundo oscuro y terrible que pensaban, sino un largo período lleno de vida en el que se produjeron algunos de los hechos y procesos que desembocaron en la formación de Europa: la división territorial, germen de los modernos Estados (política); el nacimiento de la burguesía y de un capitalismo inicial (economía); el sentimiento de Cristiandad o unidad cristiana frente al islam y otras religiones (ideología); la ampliación de horizontes intelectuales gracias al intercambio cultural con otros pueblos (cultura); la aparición de nuevos estilos artísticos (románico, gótico...), etc.

En definitiva, lejos de ver esta etapa como un tiempo intermedio y sin valor, hoy en día los estudios medievales son imprescindibles si queremos entender cómo nació y se construyó la Europa que hoy conocemos.

1. EL FIN DEL IMPERIO ROMANO.

1.1. La decadencia de las ciudades.

Hacia el siglo III comienza la crisis del imperio romano. Una crisis es un cambio, y en todo cambio se mantienen cosas antiguas, ya deterioradas, mientras aún no han madurado las nuevas, lo que crea situaciones complicadas. Esto fue lo que sucedió en el imperio romano en el siglo III: la política, la cultura y la economía comenzaron a descomponerse mientras iban apareciendo una política, una cultura y una economía nuevas.

La base del imperio romano era la ciudad, donde había leyes, magistrados, espectáculos, comercio, y muchas comodidades. En el siglo III todas estas cosas fueron desapareciendo.

Los pueblos bárbaros presionaban cada vez más en las fronteras; los que estaban más cerca del imperio querían entrar en él y pertenecer al mundo romano, pero los más alejados, que también eran más primitivos y violentos, querían instalarse por la fuerza e incluso saquear las ciudades. Para defender las fronteras fue necesario reforzar el ejército y, para ello, subir los impuestos. Los generales romanos adquirieron un gran protagonismo y poder.

En el siglo III el ejército era el que realmente mandaba en Roma, imponiendo a sus generales como emperadores. Entre los años 235 y 305 estos generales se suplantaban unos a otros muy rápidamente, en lo que se conoce como "anarquía militar". La figura del emperador perdió dignidad y, con ella, también sus funcionarios y la propia civilización romana. Este proceso se ve en la progresiva desaparición del culto al emperador, a favor de las religiones místicas y el cristianismo. La importancia de este culto, como del resto de la religión oficial romana, estaba en que había sido una de las formas de que las provincias aceptaran la autoridad de Roma y su desaparición implicó la pérdida de autoridad en esos territorios.

El aumento de impuestos provocó la huida de los ciudadanos más ricos a sus villas en el campo, donde era más difícil que los encontrasen los recaudadores de impuestos. Esto provocó la decadencia de la vida política de las ciudades, así como de su vida económica, dependiente en buena medida de los gastos de aquellos.

A la crisis de las ciudades, se une una crisis económica generalizada. Para empezar, el fin de las conquistas privó a Roma de los esclavos que necesitaba para seguir manteniendo su economía, pues eran ellos los que trabajaban los campos y los talleres. La conquista del norte de África por los vándalos, que se dedicaron a la piratería, cerraron buena parte de las rutas comerciales que tenía Roma en el Mediterráneo. Los enormes gastos del Estado y la ruralización de los más pudientes provocó que cada vez la moneda fuese más escasa y de peor calidad.

1.2. La ruralización.

Entre los siglos III y IV las ciudades se fueron vaciando lentamente y vida se trasladó al campo. Las primeras en marcharse fueron las familias más ricas, que ocuparon sus villas rurales como residencias definitivas y dedicaron sus tierras a producir todo lo que era necesario para vivir, de manera que no tuvieran que comprar nada en la ciudad. Para trabajar las tierras y atenderlas, estas familias tenían muchos esclavos, pero muchos amos se convirtieron al cristianismo y comenzaron a tratarlos con más humanidad, cediéndoles pequeñas parcelas donde podían vivir con su familia y tener una pequeña huerta.

En los siglos III y IV las ciudades eran cada vez menos atractivas y más inseguras; con frecuencia los bárbaros llegaban hasta ellas y las saqueaban. Esto hizo que muchas familias humildes también se marcharon al campo: se ponían bajo la protección de los propietarios más ricos y cambio se comprometían a aceptar su autoridad; esto recibió el nombre de *colonato*, precedente del feudalismo. Los señores de las villas se convirtieron en jefes de grupos de personas cada vez más numerosos, tenían incluso pequeños ejércitos y se fueron convirtiendo en autoridades efectivas, aunque no tuvieran el reconocimiento de Roma.

1.3. Los intentos de reforma en el siglo IV.

A finales del siglo III y durante el siglo IV algunos emperadores intentaron detener la crisis. Diocleciano dividió el imperio en cuatro partes, para que pudiera administrarse mejor. La reforma fracasó por los enfrentamientos entre los gobernadores de las cuatro partes del imperio, pero Constantino lo reunificó y emprendió otra reforma en la que imponía la centralización del imperio, de modo que ni el Senado ni las antiguas magistraturas tenían ningún poder y el gobierno solo lo ejercían personas elegidas por el emperador.

Constantino publicó también una ley, el Edicto de Milán (313), por el que autorizaba la religión cristiana, pero fue Teodosio, con el Edicto de Tesalónica (380) el que la convirtió en religión oficial. Gracias a la organización y el prestigio de la Iglesia, la administración romana se recuperó, pero los problemas económicos continuaban y Roma había perdido todas sus señas de identidad. A la muerte de Teodosio el imperio se divide entre sus hijos Arcadio, que recibe Oriente y Honorio, que heredó Occidente.

1.4. Las invasiones germánicas.

Más allá del limes del imperio se extendían los territorios donde vivían los pueblos bárbaros. Entre ellos había un grupo, los germánicos, que se habían enfrentado con Roma en muchas ocasiones y que vivían próximos a la frontera, amenazando en ocasiones la paz del imperio. Aunque se considerasen sus enemigos, reconocían el prestigio de Roma, ya que comprendían que ésta proporcionaba una vida más culta y, en cierto modo, superior. Los germánicos querían asentarse en las tierras próximas al Mediterráneo y vivir en las ciudades del imperio, es decir, querían formar parte del mundo romano.

Para conseguirlo, algunos germanos se alistaban en el ejército romano, y pronto comenzaron a hacerlo tribus enteras, conservando su forma de combatir y sin integrarse en las legiones. Roma no tenía más remedio que tolerarlo, porque aún más que a los germanos temía a los pueblos que llegaban de las zonas orientales, en especial a los vándalos. De este modo los emperadores llegaron incluso a aceptar a las tribus germánicas como federadas, y les encargaban luchar contra las tribus más peligrosas a cambio de tierras en las que les dejaban asentarse. Así los germanos fueron entrando poco a poco en el imperio.

Esta lenta entrada de pueblos bárbaros en el imperio romano se aceleró de repente en torno al año 450. Desde oriente, junto a las fronteras del imperio Chino, partieron hacia occidente los hunos, un pueblo nómada, que vivía de la ganadería y que se había propuesto asentarse en territorio romano. Su jefe, Atila, era un poderoso guerrero, pero a su manera admiraba la cultura clásica y se hacía acompañar de consejeros griegos y latinos. Al acercarse a las fronteras del imperio empujaron a los pueblos germánicos, que hasta entonces las legiones habían mantenido al otro lado de las fronteras y germanos y hunos irrumpieron en el imperio. El año 476, Odoacro, líder de los ostrogodos, un pueblo germánico, destituyó al último emperador, Rómulo Augústulo, lo que supuso el fin del Imperio Romano de Occidente.

2. LOS REINOS BÁRBAROS. .

2.1. El origen de los pueblos bárbaros. Los bárbaros en la frontera romana.

Los romanos llamaban bárbaros a todos los pueblos extranjeros, pero sobre todo a aquellos que desconocían la vida urbana y no estaban civilizados. Desde el siglo II d. C. algunos pueblos bárbaros adquirieron especial importancia para el Imperio Romano: eran los que vivían más allá del limes, la frontera de Europa, formada por los ríos Rin y Danubio y las tierras que quedan entre ellos.

Estos bárbaros procedían del Este de Europa, de las tierras que están al norte del Mar Negro y alrededor del mar Caspio. En su lugar de origen habían sido tribus nómadas, que se dedicaban al pastoreo de caballos y ovejas y al intercambio de productos como el ámbar y el cuero; eran muy belicosos, no conocían la escritura y se regían por sencillas leyes de derecho consuetudinario, es decir, leyes tradicionales. En cada tribu se distinguía un grupo de nobles o aristócratas, que eran señores de hombres libres y dueños de esclavos, que se reunían para elegir entre ellos a su jefe o rey, y que de la misma manera lo destituían cuando consideraban que ya no era capaz de dirigirles en la guerra.

Lentamente, estos bárbaros se fueron acercando a las fronteras del imperio, buscando mejores tierras y la oportunidad de comerciar con las ciudades de la frontera; se instalaron al norte del Danubio y al este del Rin, donde estaba Germania, y por eso a todos estos pueblos de las fronteras se les llama, en general, “germánicos”.

Los pueblos germánicos más próximos a los romanos eran los más civilizados: los francos, burgundios y sajones, al este del Rin, y los godos (ostrogodos y visigodos, los más civilizados de todos) al norte del Danubio. Convivían con los romanos a través de la frontera y poco a poco se fueron romanizando y civilizando. Los nobles guerreros incluso se alistaban en las legiones y ayudaban a Roma a defenderse de otros pueblos bárbaros, más peligrosos que ellos; a cambio, Roma les permitía ocupar algunas tierras en el interior del Imperio.

Así, los germanos se hicieron sedentarios, aprendieron a cultivar la tierra, se habituaron a usar la moneda e incluso, pero de forma muy puntual, usaban la escritura. Los jefes comenzaron a comportarse como reyes y a imitar a los emperadores romanos, dictaban leyes, procuraban elevar su autoridad sobre los nobles guerreros e incluso dejaban el trono a sus hijos mayores. Para aumentar su prestigio, los reyes y sus nobles guerreros se convirtieron al cristianismo, la religión del imperio; pero no adoptaron el catolicismo, que era el cristianismo oficial, sino una versión o herejía del cristianismo, el arrianismo.

2.2. Los bárbaros al final del imperio romano.

En el siglo IV d. C. el Imperio Romano estaba muy débil y atravesaba una grave crisis. Para intentar salvarlo, el emperador Teodosio lo dividió en dos regiones: la occidental, donde estaba la capital, Roma, y la oriental, que era la región más próspera y rica, y nombró heredero a sus hijos, Honorio y Arcadio. Occidente, para Honorio y Oriente para Arcadio. Los bárbaros aprovecharon la debilidad del Imperio para filtrarse por sus fronteras y buscar fortuna en el ejército y en la corte imperial; cuando veían la oportunidad, también aprovechaban para entrar de forma violenta en el territorio romano.

La zona oriental resistió con más facilidad, mientras que la zona occidental tuvo más dificultades para evitar la entrada de los bárbaros. A partir del año 400 los pueblos germánicos comenzaron a entrar en el imperio sin ninguna resistencia; algunos entraron por la fuerza, como fue el caso de los vándalos, los suevos y los alanos, que el año 409 llegaron hasta la península Ibérica; otros en cambio entraron como aliados o federados, como fue el caso de los visigodos, que entraron precisamente para expulsar a estos pueblos y, a cambio, consiguieron tierras en el sur de Francia, donde se asentaron e instalaron un reino (Reino de Tolosa).

Mientras todo esto sucedía en el Imperio Romano, el pueblo bárbaro de los hunos se acercaba cada vez más a sus fronteras. Los hunos eran un pueblo nómada, muy belicoso, que procedía de las estepas de Asia y que, en su avance, había ido empujando a los germánicos hacia el Imperio Romano. Su rey, Atila, amenazó Bizancio, la capital del Imperio de Oriente, y luego atacó la zona occidental, pero fue derrotado (año 451) y, tras su muerte, su reino se desintegró.

Sin embargo, un general romano de origen germánico enviado por el emperador de Roma a negociar con Atila, logró que su propio hijo fuera nombrado emperador con el nombre de Rómulo Augusto; para entonces el poder imperial era ya solo un título vacío. El año 476, el jefe de los hérulos, Odoacro, destituyó al joven emperador. Fue el fin del Imperio Romano de Occidente.

2.3. Los primeros reinos bárbaros. La entrada de los bárbaros en el imperio.

Tras la caída del último emperador, la entrada de pueblos bárbaros se aceleró. Tribus enteras, dirigidas por sus nobles guerreros y sus jefes o reyes, entraron hasta el último rincón de lo que había sido el Imperio Romano de Occidente. Al principio, el movimiento de pueblos fue constante. Los suevos, vándalos y alanos, el año 409, fundaron distintos

reinos en la península Ibérica, pero pronto, los visigodos expulsaron a los alanos y a los vándalos, que se trasladaron al norte de África; solo los suevos permanecieron en Galicia y el norte de Portugal, y no por mucho tiempo. Del mismo modo, los ostrogodos, con su rey Teodorico, fundaron un reino en el norte de Italia, y más tarde fueron expulsados de allí por los lombardos. Los sajones y los anglos, que en principio se habían instalado en Alemania, pasaron pronto a la isla de Gran Bretaña.

Finalmente, cien años después de la caída del imperio, los reinos más poderosos lograron asentarse y conservar su territorio por un tiempo considerable; los nombres de muchos países y regiones actuales de Europa proceden de estos pueblos que, más o menos, ocuparon estos territorios: los francos (Francia), los burgundios (Borgoña), lombardos (Lombardía), etc.

2.4. Los bárbaros ocupan el territorio romano.

Los invasores bárbaros, cuando ocupaban un territorio que había sido romano, se apoderaban de una parte de las tierras e imponían un tributo a la población que ya vivía en ese territorio. Los invasores bárbaros eran muy inferiores en número a las personas que ya vivían en el occidente de Europa, de origen romano, pero estas, que carecían de la protección del emperador, aceptaban el poder de los nuevos amos y algunas personas se ponían bajo la protección de los nobles, como antes hacían con los dueños de las villas y, en general, seguían viviendo como antes de las invasiones, con las mismas leyes, actividades económicas y la misma religión, el catolicismo. En realidad, tras las invasiones bárbaras, en todas las regiones de Europa occidental, los germánicos invasores y las personas de origen romano vivieron como pueblos diferentes, cada uno con su forma de vida y sin posibilidad de mezclarse porque había algo que los separaba de forma radical: la religión, católica en los romanos y arriana (si no pagana) en los germánicos. De las dos culturas, la romana era claramente superior; a pesar de la crisis, la forma de vida de los romanos seguía siendo muy civilizada: tenía leyes, escritura, moneda, ciudades, comercio, etc. Los nobles germánicos y sobre todo los reyes germánicos lo percibieron y para reforzar su prestigio y su poder ante su pueblo, se empeñaron en copiar la cultura romana. Así, los reyes germánicos fundaban ciudades, se hacían construir palacios, dictaban leyes y las hacían poner por escrito, y utilizaban símbolos de poder copiados de los que usaban los emperadores romanos: la corona, el cetro, el manto y el trono. Algunos incluso, para ser más romanos, se acabaron convirtiendo al catolicismo.

Los reyes se esforzaron en destacar su autoridad entre los demás nobles, y también intentaron fundar dinastías, de manera que el título de rey pasase a sus herederos y dejase de ser electivo. Para compensar a los nobles, los reyes crearon consejos en los que podían participar en las decisiones y les daba cargos en la corte, como si fueran funcionarios romanos. Pero los nobles no quedaron satisfechos y en todos estos reinos hubo continuos conflictos entre los reyes y sus nobles.

3. El reino visigodo de Toledo.

3.1. El origen del reino visigodo.

Uno de los reinos germánicos más importantes fue el reino visigodo. Durante el imperio romano, los godos habían vivido mucho tiempo cerca del imperio, al norte de la frontera del Danubio. Eran los más cultos y romanizados de los pueblos germánicos y, en los últimos años del Imperio, colaboraron con el emperador como pueblo federado; así, el año 409, cuando los suevos, vándalos y alanos invadieron la península Ibérica, el rey de los visigodos, Alarico, firmó un pacto con el emperador comprometiéndose a expulsarlos, lo que consiguió en gran parte (ya hemos visto como no consiguió expulsar a los suevos de Galicia y norte de Portugal).

A cambio de este servicio, los visigodos recibieron tierras en el occidente de Francia, en la región de Aquitania, y allí fundaron un reino con la capital en Toulouse o Tolosa; también ocuparon parte de la península Ibérica, en lugar de los pueblos que ellos mismos expulsaron. Cuando se desintegró el Imperio Romano de Occidente, el año 476, los visigodos ampliaron su reino en Francia. Los reyes organizaron su reino siguiendo el modelo romano, pero no se convirtieron al catolicismo y siguieron siendo arrianos y permanecieron siempre separados de la población local, de origen romano.

Pero otro pueblo se había instalado junto a los visigodos: los francos, que ocupaban el occidente de Francia. El año 507 el rey de los francos, Clodoveo derrotó al rey visigodo Alarico en la batalla de Vouillé y expulsó a los visigodos de Francia, que se trasladaron definitivamente a la península Ibérica.

3.2. Los visigodos en Hispania.

Los visigodos llegaron a la península Ibérica para expulsar a los suevos vándalos y alanos, el año 409 a. C. y desde esa fecha nunca abandonaron este territorio. Tras la derrota de Vouillé abandonaron Francia, de la que solo conservaron un pequeño territorio, la Septimania, y fundaron un reino hispánico, con capital en Toledo.

Los visigodos se asentaron en la Meseta Central y, como eran minoría, apenas alteraron las costumbres y formas de vida de la población hispanorromana. Además, no dominaban toda la península Ibérica: en la zona noroccidental de la península aún existía el reino suevo y en la cordillera cantábrica estaban los astures, los cántabros y los vascones, pueblos que habían permanecido sin romanizar y que tampoco los visigodos estaban en condiciones de dominar.

Las luchas por el poder entre reyes y nobles eran constantes en el reino visigodo. Un noble, Atanagildo, se levantó contra el rey y pidió ayuda al emperador romano de Oriente, Justiniano, para conseguir la corona; Justiniano envió un ejército que ayudó a Atanagildo a conseguir su propósito pero, de paso, se instaló en la costa suroccidental de la península Ibérica, que quedó así bajo el poder de los bizantinos.

3.3. La época más estable del reino visigodo.

Más adelante, el rey Leovigildo (573- 586), el más importante de este periodo, consiguió reunir bastante autoridad. Conquistó el reino de los suevos y lo incorporó al reino visigodo; realizó campañas de guerra contra los pueblos del norte (astures, cántabros y vascones), que sin embargo siguieron siendo rebeldes al poder visigodo, y casi expulsó a los bizantinos de la costa suroccidental. Para reforzar su autoridad imitaba a los emperadores romanos, promulgando leyes en latín, usando la corona y el trono, emitiendo monedas con su efigie e incluso fundando ciudades, como Vitoriano (hoy Vitoria).

Pero Leovigildo no se convirtió al catolicismo, la religión de los romanos, y los dos pueblos, hispanorromanos y visigodos, seguían sin mezclarse. En el sur del reino, la Bética, había muchos nobles y señores de origen romano que no aceptaban la autoridad de los visigodos. El hijo de Leovigildo, Hermenegildo, que era el gobernador de esa provincia, sí que se convirtió al catolicismo, se ganó el apoyo de todos estos nobles y organizó una sublevación contra su padre con intención de convertirse en rey. Leovigildo consiguió sofocar la rebelión y mandó ejecutar a Hermenegildo.

El sucesor de Leovigildo, su hijo Recaredo, comprendió que la separación entre los católicos romanos y los arrianos visigodos era una fuente de problemas y decidió convertirse al catolicismo y hacerse bautizar; por lealtad a su rey, sus nobles también se convirtieron. El año 589, Recaredo acudió a una reunión de la iglesia católica, el Concilio de Toledo y proclamó el catolicismo como religión oficial del reino.

A partir de entonces los visigodos y los hispanorromanos comenzaron a convivir y a unirse; un rey, Recesvinto, hizo el primer código común para los dos pueblos, el “Liber Iudiciorum” o Libro de las Leyes. Los reyes y los obispos católicos colaboraban y se reunían en los Concilios de Toledo para tomar decisiones que eran tanto religiosas como políticas. Las dos culturas se fueron mezclando, si bien predominaba la cultura romana, que era más sólida; nuestra lengua, el castellano, deriva del latín, con solo algunas palabras prestadas de las lenguas germánicas. El obispo de Sevilla, San Isidoro, escribió las *Etimologías*, una especie de diccionario enciclopédico en el que reunió el saber que aún se conservaba de origen romano.

También la actividad artística se recuperó. En el siglo VII se levantaron algunas iglesias que imitaban las del final del imperio romano, pero más modestas. Las iglesias visigodas tienen planta basilical y están construidas en piedra, pero tallada de forma irregular y no tiene cúpulas, bóvedas ni ábsides; en lugar de arcos de medio punto tienen arcos en forma de herradura. Las iglesias están decoradas con relieves, algunos de ellos figurados, como los de San Pedro de la Nave, que representa escenas de la Biblia, y la mayoría con temas vegetales, que son siempre muy esquemáticos. Los reyes y nobles regalaban a las iglesias cruces y coronas votivas, con piedras semipreciosas engastadas, como las del Tesoro de Guarrazar.

3.4. La crisis del reino visigodo.

A pesar de todo, el reino visigodo era muy inestable: había luchas continuas entre los nobles y el rey. El año 710, a la muerte del rey Witiza, se formaron dos bandos: los partidarios de Rodrigo, el gobernante de la Bética, y los partidarios de Akila (hijo del rey anterior); estos últimos llamaron en su ayuda a los musulmanes, que acababan de ocupar el norte de África. El año 711 el comandante musulmán Tarik cruzó el estrecho de Gibraltar y derrotó a Rodrigo en la batalla de Guadalete (Cádiz) pero no entregó el reino a Akila, sino que lo ocupó y acabó así con el reino visigodo.

4. El reino franco: origen, consolidación, el ascenso de los mayordomos de palacio.

4.1. El origen del reino franco.

Durante la época romana, los francos estaban junto a la frontera norte del imperio. Cuando el imperio de Occidente se derrumbó, conquistaron el norte de la Galia, (hoy Francia). Poco después su rey, Clodoveo, de la familia de los merovingios, se convirtió al catolicismo. Así se ganó el favor de los nobles y señores de origen romano, pudo hacer leyes comunes para romanos y francos (las leyes sálicas) y consiguió formar un reino sólido. Con ayuda de otro pueblo bárbaro, los burgundios, Clodoveo derrotó a los visigodos en la batalla de Vouillé (507) y les expulsó de la Galia, salvo de un pequeño territorio junto a los Pirineos, la Septimania.

Clodoveo consideraba que el reino de los francos era de su propiedad y por eso lo dividió entre sus hijos, que lucharon entre sí; más adelante, algunos reyes merovingios consiguieron reunir otra vez el reino, pero luego terminaban por dividirlo de nuevo entre sus descendientes y volvían las luchas. Además, como pasaba en el reino visigodo, los nobles se sublevaban continuamente contra sus reyes, y los conflictos en el reino franco eran constantes.

4.2. Los mayordomos de palacio.

Para apaciguar a los nobles, un rey merovingio, Clotario, creó para ellos cargos políticos, en especial uno muy distinguido: el de mayordomo de palacio, que era la persona con más autoridad del reino después del propio rey. El año 679 Pipino de Heristal, de la familia de los carolingios, se convirtió en mayordomo real, y comenzó a suplantar al rey en sus funciones; se enfrentó a otros pueblos bárbaros que querían ocupar la Galia y los derrotó y muchos nobles francos reconocieron sus méritos y su autoridad.

El año 732 los musulmanes, que habían invadido la península Ibérica, atravesaron los Pirineos y entraron en la Galia; el hijo de Pipino, Carlos Martel (Carlos Martillo), que le había sucedido como mayordomo, expulsó a los musulmanes que trataban de invadir la Galia y les hizo retroceder al sur de los Pirineos. Gracias a esa victoria, Carlos pudo gobernar como si fuera el rey y a su muerte, los nobles francos destronaron al último rey merovingio y eligieron a su hijo Pipino el Breve como su rey.

5. El imperio carolingio.

5.1. El origen del imperio carolingio.

El nuevo rey de los francos, Pipino el Breve, fundó la dinastía carolingia. Protegió al Papa Esteban II de los invasores lombardos, que habían ocupado el norte de Italia, e incluso rescató para él un territorio en el centro de Italia, alrededor de Roma; a cambio, el Papa le bendijo como rey y eso le dio mucha autoridad.

A la muerte de Pipino heredó el trono su hijo Carlos, que ha pasado a la Historia como Carlomagno o Carlos el Grande (768- 814). Carlomagno se enfrentó a los pueblos que rodeaban y amenazaban el reino franco: sajones, eslavos, lombardos y musulmanes. Sometió a los sajones, que estaban el norte, y a los eslavos, al este, les obligó a convertirse al catolicismo y los incorporó a su reino. Derrotó a los lombardos y se hizo coronar como su rey. Además, envió un ejército contra el emirato de Córdoba, el reino musulmán de la península Ibérica e intentó tomar Zaragoza; no lo consiguió, pero sí que ocupó los valles de los Pirineos, donde creó una provincia fronteriza, la Marca Hispánica. Carlomagno se convirtió en el protector del Papa, le libró de sus enemigos lombardos y le garantizó los territorios que su padre le había dado. A cambio, el día de Navidad del año 800, el Papa le coronó como Emperador de los Romanos, sucesor de los antiguos emperadores de Roma y lo que había sido el Reino de los Francos se convirtió en un imperio que lleva el nombre de la dinastía que en él reinó: el Imperio Carolingio.

5.2. La plenitud del imperio carolingio.

El imperio carolingio era muy extenso: ocupaba todo el reino de los francos y los territorios que Carlomagno había sometido. Además, ejercía su dominio sobre los pueblos del este, que reconocían la autoridad de emperador, y en cierto modo también sobre el Papa. Para gobernarlo, Carlomagno tomó como modelo a los antiguos emperadores romanos: todo el poder dependía del emperador, que estaba bendecido por la Iglesia Católica, como si su poder viniera de Dios.

Para ayudar al emperador en las tareas de gobierno estaban el *canciller* (un clérigo muy instruido encargado de la correspondencia y los asuntos reservados) y el *mariscal* (jefe de tropas); había también cargos honoríficos, como el de *chambelán* o ayudante de cámara o el de *copero del rey*, que distinguían a los nobles que los ocupaban y eran muy codiciados.

El imperio estaba dividido en *condados*, cada uno gobernado por un noble llamado conde; las zonas fronterizas se llamaban *marcas* y estaban bajo el mando de *marqueses*. Condes y marqueses debían obedecer en todo al emperador y para vigilarlos estaban los *missi dominici* “enviados del señor”.

Carlomagno puso la capital de su imperio en Aquisgrán y allí mandó construir un palacio del que solo se conserva la capilla, que hoy es la catedral de Aquisgrán. En ese palacio creó un centro de estudios, la Escuela Palatina de Aquisgrán, que llenó con sabios, casi todos clérigos, llegados de distintas regiones de Europa que y puso bajo la dirección de Alcuino de York. Los sabios de la Escuela Palatina se esforzaron en recuperar los conocimientos de época romana y los organizaron en dos cursos: el trivium, en el que se estudiaba retórica, gramática y dialéctica, y el quadrivium en el que se estudiaba aritmética, geometría, astronomía y música. Estas materias se llamaban “artes liberales” porque su conocimiento, según entendían los sabios de entonces, hace libres a los hombres. Este plan de estudios fue el que pasó siglos más tarde a las universidades.

Carlomagno también promovió la fundación de monasterios. Todos los monasterios seguían, la regla de San Benito (siglos V y VI), que se dedicaba al trabajo y la oración, y además se dedicaban al estudio y la enseñanza de las artes liberales y a la protección de la cultura, esto es, a copiar textos de la antigüedad.

5.3. La crisis del imperio carolingio.

El hijo de Carlomagno, Luis el Piadoso (814- 840), heredó su imperio y lo mantuvo prácticamente intacto, pero a su muerte, sus hijos varones se enfrentaron por el poder. Después de una larga guerra, los tres hermanos que sobrevivieron firmaron un acuerdo, el Tratado de Verdún, el año 845, en el que se repartían el territorio: Carlos, llamado el Calvo, recibió se quedó el reino occidental, que casi comprende lo que hoy es Francia; Luis, apodado el Germánico, con la oriental, muy parecida a la actual Alemania, y Lotario, el mayor de todos, se quedó con el reino central, entre los de los dos hermanos, desde Frisia (hoy Holanda) hasta el norte de Italia. Ninguno heredó el título

imperial, y el imperio carolingio desapareció. Más adelante, el reino de Lotario se dividió y Carlos el Calvo y Luis el Germánico se lo repartieron.

Estos nuevos reyes tenían mucha menos autoridad que la que había tenido su abuelo, Carlomagno; sus condes y marqueses tomaban su cargo como una propiedad personal y se convirtieron en señores feudales, con plena autoridad en sus territorios, de manera que la unidad de los reinos se fue desintegrando.

3. EL IMPERIO BIZANTINO.

El año 395 murió el emperador romano Teodosio y el imperio romano se dividió entre sus dos hijos: Honorio, que se quedó con la zona occidental del Imperio y Arcadio, que se quedó con las regiones orientales.

El Imperio Romano de Oriente era mucho más rico que el de occidente, sus ciudades estaban más pobladas y las formas de vida romanas se mantenían casi intactas; en cambio el Imperio de Occidente estaba en crisis, el comercio y la vida en las ciudades había decaído, mucha gente se había ido a vivir al campo y la civilización romana estaba desapareciendo.

Por eso, a partir de la división de Teodosio, el Imperio Romano de Occidente y el Imperio Romano de Oriente evolucionaron de forma separada. En esas fechas, los bárbaros presionaban cada vez más sobre las fronteras de los dos territorios, especialmente sobre las de la zona oriental, pero los romanos de esas regiones fueron capaces de rechazarlos y desviarlos hacia las zonas occidentales, donde, a lo largo del siglo V, acabaron por penetrar e instalarse.

El año 476 los bárbaros destronaron al último emperador del Imperio Romano de Occidente y este desapareció. En cambio el Imperio Romano de Oriente permaneció y su historia se prolongó prácticamente mil años más, hasta el año 1453. Sin embargo, cada vez se fue diferenciando más del antiguo Imperio Romano, y por eso a partir del siglo VII cambió su nombre y se empezó a denominar Imperio Bizantino.

3.1. Localización del Imperio Bizantino.

Al principio de su historia, el Imperio Romano de Oriente o Imperio Bizantino ocupaba la mitad oriental del antiguo Imperio Romano, pero a lo largo de su historia sus fronteras cambiaron. El emperador Justiniano, en el siglo VI, conquistó territorios en la zona occidental del Mediterráneo (el norte de Italia, la costa norte de África y el SE de España) y el imperio creció. Pero a partir de esa fecha fue perdiendo territorios progresivamente, arrebatados por los musulmanes, los caballeros cruzados o los turcos.

La capital del imperio estaba en la ciudad de Constantinopla o Bizancio, en el estrecho del Bósforo, que comunica el mar mediterráneo con el Mar de Mármara y con el Mar Negro. Bizancio fue en origen una colonia griega que luego, como todas las ciudades de esa región, fue ocupada por los romanos. Durante época romana tuvo muy poca importancia, pero el emperador romano Constantino, en el año 330 (siglo IV d.C.) decidió adoptarla como nueva capital de su imperio; le cambió el nombre de Bizancio por el nombre de Constantinópolis o Constantinopla que quiere decir "la ciudad de Constantino".

Constantino hizo de la antigua colonia una gran capital: construyó murallas, acueductos, un palacio y un enorme hipódromo. Por Constantinopla pasaban las rutas de comercio que unían el Mediterráneo con Persia, China y la India, por las que llegaban productos muy apreciados y caros; la ciudad creció rápidamente y se convirtió en el centro económico y cultural más importante del Mediterráneo Oriental.

La historia del Imperio Romano de Oriente o Imperio Bizantino es muy larga: más de mil años, desde la división del Imperio Romano, el año 395, hasta el año 1453, fecha en la que los turcos conquistaron la capital, Constantinopla. A lo largo de ese tiempo, sus fronteras irían variando. Su apogeo estuvo en el siglo VI, bajo el emperador Justiniano.

3.2. La época de Justiniano.

En el siglo VI, entre los años 527 y 565 reinó en el Imperio de Oriente Justiniano, uno de los emperadores más importantes. Justiniano intentó reconstruir el antiguo Imperio Romano, que había sido dueño de todo el Mar Mediterráneo, y en parte lo logró. Su ejército conquistó una zona del norte de África, de donde expulsó a los vándalos, gran parte de Italia, y un pequeño territorio en la península Ibérica, en la costa sur oriental. Fue en Italia, especialmente en el norte, en torno a la ciudad de Rávena, donde el dominio de los romanos orientales fue más sólido y se mantuvo más tiempo; el resto de los territorios se perdió poco después de la muerte de Justiniano.

Justiniano reformó la administración. Mandó revisar todas las leyes del derecho romano, las sistematizó y las reunió en un solo Código; además mandó redactar las Novelas, o leyes nuevas, que se ocupaban de casos que no estaban contemplados en el viejo derecho romano. Los reyes bárbaros contemporáneos y posteriores a Justiniano utilizaron su Código* y las Novelas para hacer sus propias leyes y por eso el Código de Justiniano fue la fuente de todo el derecho medieval. Siguiendo el ejemplo de los antiguos emperadores romanos, Justiniano mandó construir grandes obras de ingeniería y, sobre todo, magníficas iglesias, como la de San Vital, en Rávena (Italia) o la de Santa Sofía, en Constantinopla.

Sin embargo, los ciudadanos de Constantinopla no estaban satisfechos con el gobierno de Justiniano, porque bajo su mandato aumentaron los impuestos; el descontento estalló en una violenta revuelta que tuvo lugar en el hipódromo

el año 532. Justiniano logró sofocar la revuelta en la que murieron miles de personas, y como consecuencia reforzó su poder y su autoridad.

3.3. El retroceso frente a los musulmanes y los eslavos.

A partir del siglo VII el Imperio de Oriente tuvo que hacer frente a la amenaza de otros pueblos. No solo perdió los territorios que había anexionado Justiniano, sino que además perdió muchas regiones que había heredado del antiguo Imperio Romano.

Los primeros en atacar el Imperio de Oriente fueron los musulmanes.

Los musulmanes eran los seguidores de una nueva religión, el Islam, que apareció a principios del siglo VII en Arabia, una región muy próxima a las fronteras del Imperio Bizantino, predicado por su profeta Mahoma. Los seguidores de esta nueva religión formaron una comunidad y un nuevo estado, el califato, empeñado desde su origen en difundir el Islam.

Antes del año 650 los musulmanes conquistaron la mitad sur del Imperio de Oriente: Palestina, Siria y Egipto. Además, los musulmanes conquistaron el imperio persa y la nueva religión se extendió hacia oriente.

A finales del siglo VII llegaron a Europa Oriental otros pueblos: los eslavos. Se instalaron en la península de los Balcanes, se convirtieron al cristianismo y aceptaron la autoridad del emperador de Oriente, como vasallos del Imperio. Pero poco a poco presionaron sobre las fronteras y terminaron por ocupar el valle del Danubio, haciendo retroceder a los romanos orientales.

Rodeados por los eslavos y por los musulmanes, los romanos orientales quedaron aislados del resto del Mediterráneo, en especial de los reinos cristianos que se habían formado donde antes estuvo el Imperio Romano de Occidente. El griego fue desplazando al latín como lengua oficial y la defensa de la religión cristiana se convirtió en uno de los principios del imperio. Los emperadores estaban cada vez más unidos a la iglesia y la autoridad religiosa y la autoridad política se confundían y reforzaban mutuamente. A partir de esta fecha dejó de utilizarse el término "romano" para referirse al Imperio de Oriente y se comenzó a llamar "griego" o "bizantino".

2.3. La crisis iconoclasta.

La religión era fundamental en la cultura bizantina. Al principio de su historia los ciudadanos del Imperio había participado en los debates religiosos que eran tan frecuentes en la época, y en las ciudades del Imperio se habían celebrado importantes concilios*, reuniones de obispos para resolver conflictos entre las distintas corrientes religiosas que había dentro de la Iglesia.

Al principio de su historia, la Iglesia evitaba hacer representaciones de las personas sagradas, es decir, de Cristo, la Virgen María y, sobre todo, de Dios, porque estaba prohibido en la Biblia y porque pensaba que eran personas demasiado importantes como para ser representadas con forma humana.

Pero poco a poco las imágenes de Cristo, de la Virgen y, sobre todo, de los santos, se hicieron más y más populares. Estas imágenes se suelen denominar iconos*. Para los fieles era muy importante tener delante una imagen a la que poder rezar y hacer culto; era una forma de acercar a las personas divinas y santas a su vida corriente.

A principios del siglo VII, los bizantinos veían como su Imperio estaba cada vez más amenazado y que una religión nueva, el Islam, ganaba terreno. Algunos clérigos* interpretaron que habían perdido el favor divino por culpa del culto a las imágenes y aconsejaron al emperador que evitara esa forma de culto. El emperador León III comenzó retirando una imagen de Cristo que había en la basílica de Santa Sofía y terminó por prohibir el culto a las imágenes. Con el tiempo, el rechazo a las imágenes se hizo más y más radical y León III y sus sucesores mandaron incluso destruir las imágenes que ya existían: son los emperadores iconoclastas*, es decir, destructores de iconos o imágenes.

Estalló un conflicto entre los defensores y los destructores de imágenes que duró más de cien años. Al final, el año 843, la emperatriz Irene restituyó el culto a los iconos.

2.4. El Cisma de Occidente.

El asunto de las imágenes separó aún más al Imperio bizantino de los reinos de Europa occidental. Para los obispos occidentales era un asunto sin importancia, tanto si defendían como si destruían las imágenes; para ellos lo importante era la palabra de Dios, el contenido de la Biblia, no las imágenes. La Iglesia de occidente y la Iglesia bizantina comenzaron a evolucionar de manera diferente, con formas de culto y de celebrar la misa también distintas.

Además estaba en juego el poder dentro de la Iglesia. En los primeros años del siglo XI el obispo de Roma había conseguido convertirse en el más importante de Europa occidental y los demás obispos aceptaban su autoridad y le llamaban Papa, padre.

El emperador de Bizancio también aceptaba su poder porque necesitaba llevarse bien con los reinos occidentales para poder contar con su ayuda contra sus vecinos.

Sin embargo, el obispo o patriarca de Constantinopla, Focio, se negó a aceptar la autoridad del Papa de Roma y éste le excomulgó, es decir, lo expulsó de la comunidad de los cristianos y le negó el derecho a recibir la comunión. Focio no aceptó ese castigo y excomulgó a su vez a los enviados del Papa. A partir de entonces, el año 1051, la Iglesia de

Oriente tomó el nombre de “Ortodoxa”, que quiere decir “que tiene la idea correcta”, y siguió su propio camino separada de la Iglesia de Occidente o Latina.

2.5. La decadencia y el fin del Imperio.

A partir del siglo XI el imperio bizantino atravesó dificultades cada vez mayores:

- A sus antiguos enemigos se unieron los turcos, un pueblo procedente del interior de Asia que se había convertido al Islam. La presencia de los turcos en las fronteras del imperio bizantino hacía mucho más difícil el comercio con oriente, que tanta riqueza proporcionaba a los bizantinos, y la economía decayó.
- También en el siglo XI comenzaron las Cruzadas. Estas guerras las iniciaron los reinos occidentales para recuperar Tierra Santa, la región en la que había vivido y muerto
- Cristo y en la que estaban los lugares de peregrinación más importantes para los cristianos, y que entonces estaba bajo dominio musulmán. Los caballeros cruzados, encabezados por nobles e incluso reyes, también luchaban por conseguir señoríos y ambicionaban las riquezas de oriente. La Cuarta Cruzada (1202- 1204) se dirigió contra la propia Constantinopla, la saqueó y arrasó.
- Desde mediados del siglo XIII, los turcos otomanos, penetraron en Asia Menor y la fueron conquistando progresivamente, reduciendo así el territorio del Imperio a la zona de los Balcanes. El año 1453, tras un largo asedio, los turcos tomaron la capital, Constantinopla, a la que llamaron Estambul, y el imperio bizantino se derrumbó definitivamente.

2.6. El arte bizantino.

El arte bizantino heredó muchas características del arte romano pero evolucionó con características distintas e influyó mucho en el arte románico de Europa occidental.

- Es un arte esencialmente religioso.
- Predomina la arquitectura; la escultura prácticamente desapareció y las artes del color (mosaicos e iconos) estaban en función del edificio.

La arquitectura bizantina.

La arquitectura bizantina deriva en gran medida de la romana; utilizó la obra de sillar, el ladrillo y el hormigón y mantuvo la tradición romana de hacer obras de ingeniería, como cisternas, acueductos, construcciones portuarias y murallas, así como construcciones públicas.

Sin embargo, las construcciones bizantinas más importantes son religiosas, en las que los bizantinos practicaron soluciones realmente innovadoras. Características principales:

- Los materiales más empleados son la piedra y, especialmente, el ladrillo. El exterior de los edificios es austero y no oculta los materiales ni tiene una forma armoniosa. En cambio, en el interior, los muros están recubiertos por mosaicos.
- Las plantas más características son la central -con forma de cruz griega (de brazos iguales) o poligonal- y la basilical (rectangular).
- Los elementos sustentantes son los muros y las columnas. Los capiteles son corintios, con un modelado esquematizado y una superficie minuciosamente tallada.
- El arco empleado es el de medio punto. Los espacios se cubren con bóvedas de cañón y la de arista, y los espacios centrales se cubren con cúpulas sobre pechinas. Las cúpulas bizantinas son semiesféricas y están construidas con materiales ligeros.
- La decoración interior es espléndida. El lujo ornamental se apodera de todo el edificio: las paredes y las cúpulas están cubiertas de ricos mosaicos; los fustes de las columnas, el suelo y los zócalos son de mármol pulido. Todo contribuye a crear el efecto de un espacio supraterráneo, la imagen misma del Cielo.

Principales edificios:

- Durante el reinado de Justiniano I (527- 565) se construyó en Bizancio la basílica de Santa Sofía; está consagrada a la Sabiduría de Cristo o Santa Sabiduría. La diseñaron los arquitectos Antemio de Tralles e Isidoro de Mileto. El año 558, a causa de un terremoto, la cúpula se hundió y fue reconstruida de nuevo por Isidoro el Joven, hijo de uno de los primeros arquitectos, con 56 metros de altura y un sistema más resistente. Cuando el año 1453 los turcos conquistaron Constantinopla la convirtieron en mezquita, cubrieron buena parte de los mosaicos y levantaron cuatro alminares alrededor del edificio. Santa Sofía tiene planta basilical, aunque es casi una planta central. El espacio de la nave central está cubierto por una enorme cúpula construida con un tipo de ladrillo muy ligero, que se apoya en un sistema de semicúpulas y de contrafuertes. Este sistema deja prácticamente libres los muros, y el enorme espacio interior, cubierto de

mosaicos dorados, queda como una auténtica imagen del Cielo, todo un símbolo del poder de Cristo en la Tierra y de su representante, el emperador.

- La iglesia de San Vital de Rávena, en Italia. Es una construcción de planta octogonal con una nave que rodea el espacio central o deambulatorio y un piso alto o tribuna.
- La basílica de San Apolinar, en Rávena (Italia). Tiene planta basilical de tres naves (la central más elevada) con un ábside poligonal.
- La basílica de San Marcos, en Venecia. Tiene planta de cruz griega con las naves cubiertas por cúpulas.

Escultura y pintura bizantinas

- La escultura monumental y las grandes estatuas desaparecieron casi por completo; a cambio, se realizaron obras de marfil y suntuarias (tejidos, orfebrería, repujado) y, sobre todo, mosaicos.
- Los mosaicos bizantinos están realizados con teselas de vidrio coloreado o cubierto con pan de oro; a veces tiene fragmentos de piedras semipreciosas, e incluso cubos de oro y de plata.

Las imágenes bizantinas no pretendían crear la ilusión de profundidad ni reproducir la naturalidad o la belleza ideal. Expresan el carácter trascendente de las personas sagradas, la categoría del emperador, representante de Cristo en la Tierra y la solemnidad de las liturgias religiosas y de las ceremonias políticas. Las figuras aparecen sobre fondos planos, con frecuencia dorados, significando un tiempo y espacio eternos, y tienen un gesto hierático, son frontales, y forman rígidas composiciones en friso o simétricas. En la iglesia de San Vital de Rávena están los mosaicos más importantes del arte bizantino. Dos de ellos representan al emperador Justiniano y a su esposa Teodora participando simbólicamente en la ceremonia de la misa: el emperador lleva el pan y la emperatriz el vino de la consagración.

- Tras la crisis de los iconoclastas volvieron a realizarse mosaicos e iconos, imágenes sobre tabla, pero distintos a los anteriores. Representan a Cristo, la Virgen y los santos de una forma muy codificada, siguiendo normas muy rígidas según su significado, con iconografías precisas que permanecieron inalteradas durante siglos y pasaron al arte occidental: la Virgen que aparece como madre de Dios o Theotokos está sentada, con el Niño bendiciendo en su regazo, como Intercesora se dirige al Niño y el Cristo apocalíptico o Pantocrátor es severo, distante y lleva el libro de la Ley. Se codifican también los episodios más importantes, que siempre se representan del mismo modo: Cristo descendiendo a los infiernos, la Redención, o Cristo crucificado entre la Virgen y San Juan (Deesis).

4. EL ISLAM Y EL MUNDO ISLÁMICO.

El Islam es, junto al judaísmo y el cristianismo, una religión monoteísta, es decir, que cree en la existencia de un único Dios, término que en árabe se denomina Alá. La palabra Islam significa “sometimiento”; la religión islámica tiene como principio el sometimiento o la obediencia a la ley de Dios.

El Islam apareció en Arabia en el siglo VII; la lengua en la que se escribió su libro sagrado, el Corán, y las raíces de su cultura son árabes. Pero pronto esta religión se extendió por los territorios del entorno de Arabia y muchos musulmanes no son árabes, sino de otras naciones o culturas.

1. Contexto geográfico y cultural del origen del Islam.

La península de Arabia, el territorio donde apareció el Islam, se extiende entre el mar Rojo, que la separa de África, y el golfo Pérsico. Está cubierta en su mayor parte por un desierto cálido. A principios del siglo VII en estas regiones desérticas habitaban pueblos nómadas, los beduinos, que se dedicaban a la ganadería trashumante y al comercio de productos entre África y la India; atravesaban en desierto en caravanas y estaban organizados en amplias familias o tribus.

En las zonas más próximas a la costa había población sedentaria, que vivía en pueblos e incluso ciudades bastante grandes, como Yatrib (más tarde llamada Medina) o La Meca. Sus habitantes se dedicaban a la ganadería, la artesanía y, sobre todo, el comercio, como intermediarios entre los comerciantes beduinos y los europeos, persas y africanos.

La península de Arabia estaba relativamente aislada de las grandes culturas e imperios antes vistos, pero no obstante llegaron hasta ella algunas influencias culturales de las regiones que la rodean. La mayoría de su población practicaba una religión politeísta y también daba culto a las fuerzas de la naturaleza. Pero en las ciudades había también judíos y cristianos, que creían en una religión con un solo Dios.

Unos y otros acudían con frecuencia al santuario de La Kaaba, en La Meca, donde se conservaban imágenes de dioses e ídolos que los árabes veneraban desde hacía varios siglos, como una piedra negra que era especialmente sagrada. Las peregrinaciones a estos santos lugares proporcionaban mucha animación y actividad a la ciudad de La Meca.

2. Mahoma. Contenidos del Islam.

Mahoma es el profeta del Islam. Un profeta es un hombre que ha tenido comunicación directa con Dios, ha escuchado su voluntad y tiene como misión difundirla para que todas las personas la conozcan.

Mahoma pertenecía a una importante familia de comerciantes de La Meca; a través de un afortunado matrimonio, reunió una considerable riqueza. Iba con frecuencia a retirarse y meditar al desierto y en una ocasión, cuando tenía unos 40 años, se le apareció el arcángel Gabriel, quien le dijo que tenía que obedecer al único Dios. Después de esta revelación, Mahoma regresó a La Meca y contó a sus familiares y amigos lo que le había pasado. Pero siguió teniendo visiones en las que el arcángel, en nombre de Dios, le decía que el Juicio Final estaba cerca, que los árabes debían renunciar a su religión actual y creer en un solo Dios y cumplir sus mandamientos y que de esta forma alcanzarían el Paraíso. Salió a las calles a predicar este mensaje; algunos mecenos, sobre todo miembros de su misma tribu, lo escucharon y siguieron, pero la mayoría rechazó el mandamiento de renunciar a los ídolos y adoptar la fe en un solo Dios. Por fin, Mahoma y sus seguidores decidieron abandonar La Meca y refugiarse en la ciudad de Yatrib a la que Mahoma llamó “Medina al nabi” que quiere decir “La ciudad del profeta”. Esta huida, “hégira” en árabe, sucedió el año 622 de nuestra era, que es para los musulmanes el primer año de su calendario.

En Medina Mahoma consiguió más seguidores y así formó la primera comunidad de musulmanes, pudo conquistar la ciudad de La Meca y obligar a sus habitantes a convertirse al Islam. Mahoma decidió respetar el santuario de La Kaaba, que en cierto modo incorporó a la nueva religión e hizo de la Meca la ciudad santa del Islam.

En los años siguientes Mahoma y sus seguidores consiguieron dominar toda la península de Arabia; bajo la nueva religión los pueblos de Arabia olvidaron sus diferencias y continuas divisiones y se unieron en un nuevo objetivo: difundir la nueva fe.

El Islam tiene cinco mandatos o preceptos básicos que son los siguientes:

- Profesión de fe: Dar testimonio de que se profesa la adhesión al Islam. Se realiza mediante una frase ritual que el musulmán repite muy a menudo, a lo largo de toda su vida: “ *Doy fe de que no hay más divinidad que Alá y Mahoma es su profeta.* ”
- Oración: Cada musulmán debe rezar cinco veces al día en dirección a La Meca y, dentro de ésta, hacia la Kaaba (al alba, mediodía, tarde, puesta de sol y noche). Las oraciones pueden realizarse en cualquier lugar, en soledad o en comunidad.
- La limosna obligatoria o *zakat* . Un musulmán debe dar cada año una limosna a las personas más pobres de su comunidad, empezando por familiares y vecinos. La limosna se puede hacer en dinero o con ganado, mercancía, frutos,...
- El ayuno durante el mes de Ramadán, que es el noveno mes del calendario musulmán y en el que Mahoma tuvo la primera revelación. Como este calendario es lunar y sus meses solo tienen 28 días, no coincide con ningún mes de nuestro calendario, que es solar. El ayuno se realiza mientras esté el Sol en el cielo, rompiéndose por la noche.
- Peregrinar al menos una vez en la vida a la ciudad de La Meca. El ritual dura cinco días e incluye girar alrededor de la Kaaba, peregrinar al monte Arafat y apedrear tres pilares que representan al demonio.

Además de estas obligaciones, los musulmanes tienen algunas normas de conducta que también consideran sagradas, es decir, puestas por Dios, como no consumir vino ni carne de cerdo, no practicar el juego o la usura o proteger a los débiles. Además el Islam considera iguales a todos los creyentes.

Mahoma contó a sus discípulos las palabras que Dios, a través del arcángel Gabriel, le había dicho; sus discípulos las aprendieron de memoria y casi veinte años después de la muerte del profeta las pusieron por escrito en un libro sagrado, el Corán, que quiere decir “recitación”. El Corán está escrito en árabe y dividido en 114 capítulos o suras; no sigue un orden cronológico y no está organizado como una historia que se puede leer, sino que es un conjunto de poemas para recitar.

3. Evolución del califato: califato ortodoxo, califato omeya, califato abbasí.

Mahoma murió el año 632 de la era cristiana. Al frente de la comunidad de creyentes se pusieron entonces los califas, herederos espirituales de Mahoma. Bajo los califas, los musulmanes formaron un estado, el califato.

3.1. El califato ortodoxo.

Entre los años 630 y 661 existió el “califato ortodoxo” o “califato perfecto”, llamado así porque los califas eran elegidos por la comunidad entre los parientes o amigos del mismo Mahoma. Los califas eran los jefes políticos y religiosos de la comunidad musulmana. En esta etapa hubo cuatro califas: Abu Bakr, Omar, Utmán y Alí.

Durante esta etapa los musulmanes conquistaron amplios territorios que hasta entonces pertenecían al imperio Bizantino: el norte de Egipto, Palestina, Jordania, Siria, y también ocuparon el imperio Persa, incorporando al califato Mesopotamia e Irán.

Sin embargo, pronto empezó a haber divisiones y enfrentamientos en el interior del califato. La unidad de los musulmanes no pudo terminar con las rivalidades que existían desde hacía muchos siglos entre las tribus árabes, como las que había entre la familia de Mahoma y la familia omeya, que el año 661 consiguió vencer al califa Alí y tomar el poder.

3.2. El califato omeya.

Los omeyas fundaron un califato dinástico, en el que el cargo de califa quedaría siempre dentro de su familia, pasando de padres a hijos. Pusieron la capital del califato en Damasco (Siria), donde algunos miembros de esta familia habían sido gobernantes y donde tenían muchos aliados y clientes.

Los omeyas intentaron derrotar y conquistar el imperio bizantino, que ya había perdido muchos territorios, pero no lo consiguieron. Entonces ampliaron las conquistas por el norte de África, incorporando al califato Ifriquiya y Magreb y desde allí, el año 711, tras cruzar el estrecho de Gibraltar, conquistaron Al Ándalus, en la península Ibérica. Hacia Oriente, ampliaron el territorio islámico hasta llegar al río Indo. Pocos años después, las conquistas terminaron: los musulmanes atravesaron los Pirineos y entraron en el reino franco pero fueron derrotados por el mayordomo de palacio, Carlos Martel, en la batalla de Poitiers, el año 732.

Desde la muerte de Mahoma, los musulmanes habían incorporado muchos territorios que pocos siglos antes habían formado parte del mundo romano y más tarde bizantino, por un lado, y territorios del imperio persa, por otro; eran regiones muy pobladas y civilizadas, con ciudades, monumentos, una gran tradición comercial, artesanal y cultural. Los musulmanes asimilaron todos estos conocimientos y los incorporaron a su propia cultura. La organización política de los imperios que habían existido antes en estas regiones les sirvió para crear un estado más fuerte y unido, con leyes escritas, funcionarios, sistemas de recaudación de impuestos, etc.

3.3. El califato abbasí.

El año 750 la familia abbasí, descendiente del profeta, derrotó al último califa omeya en Mesopotamia. Los abbasíes hicieron matar a todos los miembros de la familia omeya y solo uno, Abderramán, logró escapar y refugiarse en el norte de África; desde allí se puso en contacto con los partidarios de los omeyas en Al Ándalus y acabó por convertirse en su primer emir independiente.

Los abasíes situaron su capital en Bagdad, en Mesopotamia, una región que había pertenecido al imperio persa, que pasó a ser para los abbasíes la principal influencia en su estilo de gobierno; el califa abbasí se rodeaba de un complicado protocolo que lo distanciaba de su pueblo y le hacía parecer un personaje casi divino y dejaba las tareas de gobierno en manos de los visires y de un amplio cuerpo de funcionarios.

La dinastía abbasí se mantuvo en el trono hasta el año 1258, pero a lo largo de esta etapa tan larga el califato se fue desintegrando. Al Ándalus se hizo independiente, primero como emirato y más tarde como califato, con la misma categoría que el de Bagdad; Egipto y otros territorios también se hicieron independientes y sus gobernantes tomaron así mismo el título de califa, que perdió su prestigio. Cuando ya estaba completamente debilitado, el califato abbasí cayó en poder de los invasores mongoles y definitivamente se desintegró.

3.4. Organización política

La enorme extensión del Califato, que a finales del siglo VIII abarcaba desde la India hasta el actual Marruecos, llevó a los califas a dividir el territorio en provincias y a potenciar o crear cargos políticos, administrativos y militares que actuaban en su nombre.

Los más importantes fueron:

- El califa. Era el “príncipe de los creyentes”. Cuando el Islam se expandió fuera de la península Arábiga se convirtió en jefe del mundo islámico, pues organizó la Administración y unificó las costumbres y legislaciones en todos los territorios dominados por los musulmanes.
- Los tesoreros reales o diwanes. Se ocupaban de recaudar impuestos, una actividad que resultaba fundamental para mantener la Administración y el Ejército; este último era uno de los pilares principales del poder del califa y elementos imprescindible para la expansión territorial.
- El visir o hayid. En algunos imperios islámicos era el equivalente al primer ministro. Su función primordial era la administración de grandes territorios: dirigía la Administración central y la Hacienda (formada por los ingresos y posesiones del califato).
- Los emires o walís: Eran los gobernadores de las provincias en las que se dividía el territorio conquistado. En ellas representaban al califa y ejercían el poder militar y político.
- Los jueces o cadíes: Eran quienes estaban al frente de las ciudades y se ocupaban de la política local y de los ritos religiosos. También ejercían poderes judiciales, encargándose de aplicar las leyes, que estaban fundamentadas en los preceptos del islam.

4. Economía y sociedad del mundo islámico.

4.1. Las ciudades.

Durante la Edad Media, el mundo musulmán abarcaba un extenso territorio, desde las orillas del río Indo al este, hasta la península Ibérica al oeste; el mar Mediterráneo quedaba en gran medida bajo su influencia y los musulmanes heredaron las ciudades y rutas de comercio que desde la antigüedad habían frecuentado los griegos y los romanos; las regiones más orientales, en Persia, estaban en estrecho contacto con las rutas de comercio que iban hasta China (la ruta de la seda) y la India (la ruta de las especias), y hasta las ciudades musulmanas llegaban todo tipo de productos e influencias técnicas y culturales.

Muchas ciudades musulmanas crecieron sobre ciudades romanas, bizantinas o persas; otras, como Bagdad o Marrakech, son fundaciones nuevas. Casi todas estas ciudades tienen un mismo modelo: en el centro de la ciudad está la medina, el barrio más antiguo, donde está la mezquita principal y la residencia del gobernante; en la medina encontramos también el mercado o zoco. En las ciudades nuevas que nacieron en una zona fronteriza o peligrosa suele existir una fortaleza, el alcázar, que se levanta en la zona más alta de la ciudad, y donde está en este caso la residencia del gobernante y también una guarnición del ejército. El resto de la ciudad se divide en distintos barrios, con casas que tienen una o dos plantas y un patio en el centro, a veces incluso un huerto o un jardín, al que abren las estancias de la casa, que apenas tienen ventanas al exterior. Las calles suelen ser estrechas, no siguen un trazado ordenado y no dejan espacios abiertos ni plazas. En los distintos barrios había pequeñas mezquitas y baños públicos, con agua fría y caliente.

La ciudad está rodeada por una muralla con varias puertas que se cerraban de noche y que permanecían siempre vigiladas; los comerciantes que entraban a la ciudad debían pagar un impuesto a la entrada. En las ciudades regían leyes que no afectaban al campo o a los barrios de las afueras y las murallas delimitaban el espacio que quedaba afectado por ellas.

Fuera de la ciudad crecían con frecuencia barrios nuevos llamados arrabales; estos barrios podían llegar a ser muy grandes y con el tiempo construían sus propias cercas o incluso murallas.

4.2. La economía.

En la Edad Media, la economía del mundo musulmán era muy rica y próspera. Estaba basada en la agricultura, la ganadería, la artesanía y el comercio.

Las distintas regiones mantuvieron y mejoraron las actividades económicas que ya existían antes de la aparición del Islam, como la ganadería trashumante de camellos en Arabia o de ovejas en el norte de África; la agricultura de regadío en Siria, Palestina o Egipto, o la artesanía especializada en cuero, seda o vidrio que ya se había desarrollado en las ciudades bizantinas.

Pero, además, los musulmanes pusieron en comunicación las regiones que integraban el califato, difundiendo las técnicas de unas en las demás y mejorando las economías de todas ellas. Así, por ejemplo, difundieron por el Mediterráneo y Oriente Próximo el uso de sistemas y técnicas de regadío ya utilizados en Mesopotamia o Egipto, como la pértiga, la noria o las acequias; llevaron a occidente cultivos hasta entonces sólo conocidos en oriente, como el algodón, el arroz, la caña de azúcar o los cítricos, y desarrollaron por todo el Imperio las técnicas de fabricación de papel o de seda aprendidas de los persas y que éstos aprendieron de los chinos

Pero, pese a la importancia de la agricultura y la ganadería, la artesanía y el comercio fueron las actividades más florecientes de todas, tanto en el interior del Imperio como con el exterior. Los musulmanes se convirtieron en intermediarios entre Oriente y Occidente. Esto era posible por la existencia de un enorme mercado interior (el Imperio controlaba desde la India hasta la Península Ibérica), por el control de las zonas de paso entre Europa y Oriente (mar Rojo, Golfo Pérsico, Gibraltar) y por la existencia de unas monedas muy fiables, valoradas en todos los territorios vecinos: el dinar, de oro; el dirhem, de plata, y el feluso, de cobre.

Las rutas de comercio traían al Imperio musulmán todo tipo de productos de Asia, Europa y África:

- Las rutas terrestres lo ponían en contacto con China o la India (Rutas de la Seda), de donde traían seda, papel, porcelana, pólvora, especias, perfumes, piedras preciosas, perlas y colorantes. Una parte de estos productos se quedaba en los mercados del Imperio, mientras que el resto era llevado a Europa, donde era cambiado por madera, metales, pieles, armas y esclavos.
- Entre las rutas fluviales, la más importante era la Ruta del Nilo, por la que traían oro, marfil y esclavos desde el centro de África.
- Las rutas marítimas comunicaban el mar Mediterráneo con el océano Índico y se extendían desde el mar Rojo hasta el Golfo Pérsico. La más importante era la Ruta de las Especias, a través de la cual llegaban especias, perfumes y ámbar. Para navegar por ella desarrollaron instrumentos de navegación, como el astrolabio – permitía ver la posición y calcular la altura de los astros, lo que facilitaba la orientación- y la brújula. Por estas rutas llegan materias primas, especias, etc.

Los intercambios comerciales se realizaban en los zocos o mercados. En el zoco de cada ciudad existían dos autoridades: el *sahib al-suq* (inspector de mercado), que velaba porque se respetasen los pesos y medidas y el *sahib al-surta*, que evitaba los desórdenes y robos. En algunos enclaves comerciales había *caravansares*, edificios que contaban con almacenes, donde las caravanas podían parar y dejar su mercancía a buen recaudo.

4.3. La sociedad.

El Islam defendía la igualdad de todos los musulmanes e incluso en los primeros tiempos de su historia rechazó la esclavitud. Pero en la práctica, la sociedad islámica, como todas las de su tiempo, estaba muy jerarquizada e incluso dividida.

Existía una aristocracia formada por las tribus de origen árabe que ya existían antes de la predicación de Mahoma. Estas familias estaban vinculadas a los califas y los emires, por lo que tenían un importante poder político. Durante la expansión del Islam, participaron en las conquistas, gracias a lo cual obtuvieron grandes extensiones de tierra y ganado. Estaban exentos de pagar algunos impuestos y tenían muchos protegidos o clientes.

Por debajo de este grupo estaban los notables, las familias ricas de la población autóctona de las regiones conquistadas y que se habían convertido más tarde al Islam, como los sirios, los persas o los bereberes. Entre ellos había altos funcionarios, terratenientes, grandes mercaderes y artesanos... Controlaban la vida económica de las ciudades, pero apenas tenían importantes influencia política.

Entre estos grupos había muchas diferencias y, en el caso de los árabes, fuertes rivalidades que dieron lugar a continuos conflictos y a la aparición de diversas corrientes dentro del Islam.

Las clases populares estaban compuestas mayoritariamente por agricultores y pastores, en su mayor parte colonos que trabajaban en las tierras de los grandes propietarios. También pertenecen a este grupo los funcionarios, pequeños propietarios rurales y ganaderos, pequeños artesanos y vendedores ambulantes. Eran mayoritariamente no árabes, por lo que todos los que formaban parte de este grupo social estaban obligados a pagar impuestos.

Todos los musulmanes estaban sometidos a la autoridad del califa, del que emanaba la ley y la justicia, y de sus funcionarios. Para juzgar los delitos entre particulares estaba el juez o cadí, que decidía basándose de la ley islámica. Dentro del mundo musulmán permanecieron bastantes comunidades judías o cristinas que conservaron su propia religión; los musulmanes los llamaban "gentes del libro" aludiendo a la Biblia, cuyo contenido en gran parte también venera el Islam, o también *dimnies*, que quiere decir "protegidos", porque no les obligaban a convertirse. Los judíos y los cristianos vivían bajo sus propias leyes, generalmente en barrios separados, y estaban exentos del servicio militar y de pagar el impuesto obligatorio de los musulmanes, pero debían pagar un impuesto por persona (la *yizya*) y otro sobre la tierra (el *jaray*).

Los esclavos estaban relativamente protegidos por la ley; no eran muy numerosos y en gran parte procedían del mundo bizantino; muchos esclavos tenían una buena formación y trabajaban en la administración y en palacio.

5. La cultura musulmana.

Las regiones que conquistaron los musulmanes tenían una antiquísima e importante tradición cultural que tenía su origen en la presencia helenística, romana, bizantina y persa. Los musulmanes asimilaron muchos elementos de estas culturas, trataron de sintetizarlos y hacerlos compatibles con su religión, los ampliaron, los conservaron y los difundieron por todas las regiones que estaban bajo su influencia.

De todos estos aspectos de la cultura destacamos los siguientes:

- La física, en especial la astronomía, que tomó sus principios de los de los sabios griegos Aristóteles y Ptolomeo y que por eso defendía una imagen del Universo en la que la Tierra estaba en el centro (Geocentrismo).
- Las matemáticas; los musulmanes adoptaron de los indios la numeración posicional y el número cero, que permitía hacer cálculos complejos. De la grafía de los números árabes procede la que nosotros utilizamos actualmente. Además inventaron el álgebra e hicieron progresar mucho la geometría.
- La literatura. Al patrimonio lírico, sobre todo oral, de los árabes, los musulmanes añadieron muchos cuentos y relatos de origen oriental, como los que se recogieron en Bagdad en la antología de Las Mil y una Noches. Estas formas literarias influyeron mucho en toda Europa.

6. El arte islámico. La mezquita.

Los árabes, los primeros musulmanes, no tenían edificios públicos ni escultura monumental; en cambio valoraban mucho las artes suntuarias, como la orfebrería y el tejido, que expresaban la posición de los que las disfrutaban. Cuando las ciudades del norte de África y Oriente Medio se incorporaron a la Comunidad de Creyentes, el Islam entró en contacto con las grandes construcciones de época romana y bizantina y adoptó muchas de sus técnicas y formas artísticas, creando un arte propio y original.

Pero lo que más influyó en el arte islámico fue la religión.

- En el arte musulmán no aparece nunca la imagen de Dios. El Corán habla de un Dios que no puede ser visto; que transmite su Palabra, no su imagen; que habla, pero no se presenta, y para un musulmán resulta aberrante la sola idea de representarlo. Por este motivo es tan importante en la cultura musulmana la caligrafía, porque otorga forma a la palabra de Dios. En la decoración arquitectónica, la epigrafía es uno de los elementos más característicos.
- Dios es para los musulmanes el único que crea seres vivos; por eso los musulmanes consideran una falta de respeto pretender competir con él y representar animales o personas, que apenas aparecen en el arte islámico. La decoración se basa en elementos geométricos y también vegetales, pero muy estilizados.
- Todas las artes están al servicio de la arquitectura, dedicada sobre todo a construir las mezquitas, los edificios destinados a la oración.

Características del arte musulmán

- Escasa altura, horizontalidad. Los edificios musulmanes se integran en su entorno sin apenas notarse. Sólo las partes más importantes tienen pequeñas cúpulas, que los elevan.
- Para construir utilizaban materiales de acarreo (obtenidos de edificios preexistentes, especialmente la piedra) y los materiales propios de la zona, predominando el ladrillo. Para ocultar la pobreza constructiva, los recubrían con azulejos, mármoles, madera o relieves de yeso bellamente decorados.
- Los edificios suelen inscribirse en volúmenes cúbicos, de gran simplicidad constructiva.
- Los soportes más empleados son el muro, los pilares y las columnas. Sin embargo, dado el escaso peso de las techumbres, suelen ser delgadas. En ocasiones, se reaprovechan las de edificios anteriores.
- Los edificios tienen techos adintelados, aunque son frecuentes las cubiertas abovedadas sin función constructiva en las zonas más nobles y ricas: bóvedas de crucería, cúpulas (gallonadas, de nervios, caladas, de mocárabes...). Suelen ser cubiertas ligeras, de madera y yeso.
- Utilizan muchos tipos de arcos: de medio punto, de medio punto peraltado, de herradura (tomado de los visigodos), de herradura apuntado, lobulado, polilobulado... Sin función constructiva, sólo decorativa. También decorativa es la bicromía en las dovelas de algunos edificios.
- El interior de los edificios está muy decorado, un verdadero "horror vacui". Los muros y las bóvedas se cubren de placas de piedra tallada, yesos y maderas coloreados, lienzos de azulejos y mosaicos. Los motivos más empleados eran los caligráficos, geométricos o vegetales (atauriques), todos ellos de gran belleza y delicadeza, y vibrante colorido.

Los edificios característicos eran los palacios y las mezquitas. Los palacios (entre los que destaca la Alhambra, el palacio de los reyes nazaríes de Granada) estaban rodeados de jardines y fuentes, y constaban de una zona pública, en la que se recibían personajes relevantes (embajadores, funcionarios...) y otra privada, destinada a ser la residencia del califa y su familia.

6.1. La mezquita.

La obligación de rezar cinco veces al día no requiere ningún edificio ni lugar especial, pero los primeros califas, para fortalecer la comunidad de creyentes, mandaron construir edificios en los que, al menos los viernes, los musulmanes rezaran juntos y escucharan al imán o jefe espiritual.

La tradición afirma que las primeras mezquitas estaban inspiradas en la casa de Mahoma, un espacio rectangular con un patio; en todo caso, la mezquita es un espacio sencillo y homogéneo en el que lo único que importa es la orientación.

Algunas de las primeras mezquitas, como la de Damasco (siglo VIII), se levantaron sobre basílicas cristianas y las que se construyeron más adelante de nueva planta adoptaron algunos elementos de aquéllas, como las cúpulas o las naves están separadas por filas de arcos.

Partes de una mezquita.

1. **Patio o shan:** espacio público. En algunas mezquitas está porticado o colocado casi en el centro del haram.
2. **Sabil:** Fuente en la que se realizan abluciones o limpiezas rituales antes de la oración.
3. **Alminar:** Torre desde la que el almuédano o muecín llama cinco veces al día a la oración.
4. **Haram:** Sala de oración formada por naves separadas por columnas. No tiene un eje principal ni una entrada más importante que otra: es frecuente que al haram se acceda desde varias puertas o que esté abierto completamente al patio.
5. **Qibla:** Muro orientado a La Meca, hacia el que los fieles deben dirigir la oración.
6. **Mihrab:** Nicho en el centro de la qibla. No recibe ninguna imagen, es el lugar del Profeta. En él suele colocarse un ejemplar del Corán.
7. **Maxura:** Espacio reservado al califa, cercado por arquerías o rejas.
8. **Mimbar:** Trono elevado desde el que el *imán*, o jefe espiritual, se dirige a los creyentes.

Una de las mezquitas más importantes es la llamada Cúpula de la Roca, que tiene planta central y está en Jerusalén. La mandó edificar el califa omeya Abd al Malik sobre un lugar que ya era sagrado para la religión judía (según la tradición, aquí tuvo lugar el sacrificio de Isaac), que el Islam asumió, y en el que se creía que el profeta Muhammad ascendió a los cielos. En el centro del edificio asoma la roca natural.